

Opinión

LA TRIBUNA

Seguridad en la red


Alejandro Suárez Sánchez-Ocaña

CEO Ocio Networks

HACE pocos días que todos nos despertábamos con la noticia del robo de datos personales de más de 100 millones de usuarios de PlayStation Network de Sony. Nos echamos la mano a la cartera y empezamos a llamar al banco, temiendo que no sólo mi correo electrónico ya estuviera vendido al mejor postor; seguramente mis datos de la tarjeta de crédito, también.

Sony culpó al grupo activista *hacker* Anonymous de ocasionar—directa o indirectamente, eso nunca se sabrá—la violación de seguridad, ya que el robo de datos se produjo al mismo tiempo que se luchaba contra un ataque de “denegación de servicio” proveniente de Anonymous, algo así como te desisto por aquí y te roban por allá.

El robo se realizó y se detectó el mismo día 20 de abril, pero nosotros, sus clientes, no lo supimos hasta el 26 de abril, casi una semana después, cuando más de uno se habrá levantado con cientos o miles de euros menos en su cuenta corriente, algo que, desde luego, no deberíamos de perdonar.

Pero éste no ha sido el único caso, ni por desgracia será el último. En 2009 se robaron 10.000 claves de acceso al servicio de mensajería electrónica Hotmail y a Facebook cerca de dos millones de claves; en todos los casos, estos datos personales se pusieron a la venta inmediatamente.

Las compañías nos obligan a dejar en sus sistemas un rastro de información personal que en el mejor de los casos incluye nuestro nombre y dirección de correo electrónico, pero con la llegada de plataformas de juego *on line* o aplicaciones para dispositivos móviles cada día facilitamos alegremente a decenas de empresas nuestros datos de tarjetas de crédito o débito.

La mayoría de las empresas que trabajan con los datos de nuestra tarjeta bancaria suponemos que han invertido una gran cantidad de recursos para asegurarse que la información de sus usuarios no se vea com-

El problema de fondo es que las bases de datos se almacenan en países como Estados Unidos o Japón, bajo sus legislaciones, que muchas veces protegen más a las empresas que a los consumidores, no como España



prometida, pero a la vez, se incrementa el deseo por parte de los *hackers* de hacerse con esta información. Ya no sólo se trata del correo electrónico, sino también de mis datos bancarios, mi dirección física, mis gustos y aficiones... Estamos entregando datos que no compartimos con seres cercanos, simplemente para jugar una partida *on line*.

Ya es historia el robo de datos para venta de correos a compañías de Spam. Ahora estos datos enriquecidos tienen finalidades mucho más lucrativas, desde solicitar un crédito a nuestro nombre que estaremos obligados a devolver euro a euro, hasta realizar transac-

ciones, evidentemente sin nuestro consentimiento y difícilmente reembolsables.

Es cierto que posiblemente nos falte una educación más profunda en el uso de las herramientas de protección que disponemos. Seguramente nuestras claves son débiles o simplemente somos descuidados y utilizamos siempre la misma contraseña para todas nuestras cuentas, cierto, pero eso no es óbice para obligar a toda empresa que nos solicite datos tan confidenciales a unas garantías de seguridad, que a día de hoy, se ven a todas luces insuficientes.

El problema que existe de fondo es que esas bases de datos están almacenadas normalmente en países como EEUU o Japón, bajo sus propias legislaciones, que muchas veces protegen más a las empresas que a los consumidores, legislaciones que tienen poco que ver con las leyes de nuestro país.

Tras el incidente, Sony sólo ha tenido dos ideas: regalar un mes gratis de su servicio Plus y obligar a todos los usuarios registrados de PlayStation Network a cambiar las contraseñas de sus cuentas antes de poder volver a entrar en el sistema. En principio, nada que nos garantice que este robo de datos no se pueda volver a dar cualquier día.

Finalmente somos nosotros los que debemos poner soluciones para que, si no hemos sufrido el ataque en nuestras cuentas, podamos evitarlo en el futuro. Si estamos registrados en PlayStation Network debemos cancelar ya nuestras tarjetas bancarias y solicitar unas nuevas y debemos cambiar la contraseña en otros servicios en los que utilicen la misma contraseña que en PlayStation Network para evitar así que puedan acceder quienes se hagan con los datos robados a Sony.

En España han sido cerca de 200 personas las que han sufrido este robo. Según datos de la propia compañía, personas a las que la Ley 16/2009 de Servicios de Pago defiende de estos robos y obliga a las entidades bancarias a devolver de forma instantánea el importe de las operaciones no autorizadas.

Estamos hablando de un camino fácil en la teoría y complicado en la práctica, que empieza en el momento en que nos acercamos a nuestra oficina bancaria y puede terminar dos meses después, reclamando al Banco de España lo que nuestro banco no nos resuelve.

CUCHILLO SIN FILO

Francisco Correal
fcorreal@grupojoly.com


La Ñora y la Señora

EN el exclusivo y decadente mundo de Guermantes se organiza un baile benéfico para recaudar fondos con destino al terremoto de Murcia. Marcel Proust anota todo lo que ocurre en su entorno y ese dato aparece en uno de los volúmenes de *En busca del tiempo perdido*, donde los dos grandes decorados históricos de la no-acción son la guerra ruso-japonesa y el asunto Dreyfuss. Triste y premonitorio honor murciano en un clásico de la literatura que también menciona a Valencia por la lozanía de sus cebollas, a Granada por sus encantos arquitectónicos y Algeciras como destino fallido del protagonista por culpa de los encantos de los cuadros de El Greco en Toledo.

Una relevancia sísmica convertida en oropel literario. Murcia ya no es ese territorio ignoto, exótico evocado por Proust en los bailes de la alta sociedad. De hecho, cuando la tierra hizo temblar el miércoles los cimientos de Lorca, el presidente de la comunidad autónoma se encontraba de viaje oficial en Bruselas. Le hablé del baile benéfico a un hombre que ha tenido que verse sacudido en la evocación de su infancia y sus ancestros. Francisco García Tortosa es el único traductor vivo del *Ulises* al español. Murciano de La Ñora, homenajeó a ese pueblo de la Huerta convir-

Proust narra un baile benéfico de la alta sociedad parisina a favor de los damnificados del terremoto de Murcia

tiéndolo en aféresis de Señora en *Finnegans Wake*, la más compleja de las obras de James Joyce, a quien su traductor nacionalizó murciano para que por la torre Martello se asomaran los cantaores, guitarristas y bailaores andaluces que cada año encienden la Lámpara Minera del festival de La Unión donde el flamenco tiene más seguidores que en Nairobi. Tierra de hombres con carácter como Paco Rabal (Águilas), José Antonio Camacho (Cieza) o Arturo Pérez-Reverte (Cartagena).

Francisco amaneció ayer en Lorca para convertir la radio en el brazo amado de la gente, herramienta de moral y de aliento. Uno de los testigos de la catástrofe, tan cercana—ya no está lejos ni Fukushima—contó que en Murcia a las pedanías las llaman diputaciones. Gramática parda, que diría Juan García Hortelano, escritor madrileño de apellido tan murciano. El Lorca mandó al Granada a Tercera División el año del centenario del nacimiento del poeta. Caprichos de la homonimia. Se cayó en directo la torre de San Diego y los duendes dublínese de García Tortosa trabajarán para reponer ese credo de piedra y campanas. La globalización nos ha dejado huérfanos de geografía. Aviones, autopistas, portales y soportales permiten viajar desde un sitio a otro sin pasar por ninguno. Y de pronto la tierra, nombre prosaico de la huerta, se resquebraja y descubrimos que Lorca es Guayaquil o Cochabamba, vecina de Cartago Nova que le dio la huerta al mundo.

TIEMPOS MODERNOS

Bernardo Díaz Nosty


Por qué vota Marta

MARTA, que es la segunda o tercera vez que, por su edad, tiene la posibilidad de ejercer el derecho a voto, me envió hace unos días un correo que llevaba por asunto: “No les voy a votar”. El comentario de un candidato, que vino a calificarla de *tía buena*, le había revuelto las entrañas por el destilado impreciso de baba. Como conocía lejanamente al político, le trasladé con delicadeza su indignación, lo que me supuso la reprimenda del muy aupado en la lista por mi falta de sentido del humor, amistad y otros valores, que no he tenido más remedio que dejar de compartir con el futuro concejal. La mascarilla aún me permitirá, por esa coherencia primaria de las peñas, las cofradías y los clubes de toda la vida, votar su lista.

Marta, que es una expresión de los cultivos éticos de las nuevas generaciones, decidió, en un rasgo de independencia, considerar la posibilidad de votar a la lista contraria. Pasados los días, sus correos se sucedieron, con enlaces que remitían a noticias encabezadas por derrames de los animadores electorales. Ahora, la decisión del Tribunal Constitucional, atribuida a la filia de los socialistas con el terrorismo... Más tarde, frases impunes de descalificación democrática...

Su buena formación le permite distanciarse del ruido ambiente.

ro, si voto a B, le estoy dando dos... “¡No se merecen tanto!”. Abstenerse es abandonar. La campaña de campanario la ha devuelto al redil. En su penúltimo correo de ayer, resolvía: “Votaré a Zapatero”. Ironizó en la respuesta sobre algo tan innecesario, porque en estas elecciones, donde se habla de ETA, el paro y la luna, lo que se votan son alcantarillas, alumbrados y potabilizadoras.

Marta reconviene su postura levantisca y respira hondo. Ha leído un titular que remansa su inquietud y le devuelve el confort espiritual: “Oyendo a Carme, la sucesión está garantizada...” (Grifón). Disciplinada, ha comprado la ópera de Bizet y, después de oírla, me manda un último correo en el que me pregunta: “¿Tú crees que la cigarrera de Sevilla votaría a aquel tipo...?”